

ro de fuego en que Calidusa iba á dorar las estrellas que habian perdido los reflejos de la vida; la maza de Rama, que al caer sobre la materia líquida y bituminosa del cáos talló los montes y profundizó los valles; las alas de mariposa de las Ap-saras, que así recogian los átomos de oro caidos de las estrellas como el polvillo de las azucenas, y así se bañaban en las gotas de agua que forman el iris como en el rocío que guarda al nacer la mañana el cáliz de las flores; el arco de caña de azúcar de que despedia Deva sus flechas; la tortuga de Vichnú, que sostuvo el peso de la tierra; la guirnalda de madre selva de Poleyas, que tenia escondidos entre sus hojas mundos, como las yerbecillas del campo tímidas luciérnagas; la diadema que se ceñian á las sienes las esfinges al salir del tronco de los árboles ó de la clara linfa de los arroyos; la serpiente de bronce de Hera; los leones de oro que Rhea ataba á su carro, y que rugiendo en las cavernas de la noche abrían con sus garras de diamantes las puertas del día al sol; las rosas que Anastis ceñia á su frente cuando se deslizaba como una ilusion sobre los campos, dejando flores y mariposas do quier tocaba con la orla de su túnica formada de los vapores de las aguas; las espigas que Ísis lleva en su mano; el arado de

Osiris: y con todos estos atributos impregnados de la sustancia divina, que recorren desde los últimos limites de la materia bruta hasta el éther impalpable y vago, que es el alma de la naturaleza, formaré un nuevo dios, alegre, rejuvenecido, que dé su resplandor á todas las cosas, que renueve con su aliento el Universo, y que sea omnipotente, inmortal, como que reunirá en sí la fuerza, la vida, el alma de todos los dioses. Ven, Sotih, astro que guias los mundos por los cielos como el perro al ganado, y cuida con tu fidelidad esta primera fermentacion de una nueva levadura de la vida divina. Huye, ligera gacela, huye al desierto, y deja que las aguas del Nilo derramen por todas partes su sagrada fecundidad, para que broten árboles á cuya sombra pueda dormir su primer sueño el nuevo dios. Antes que se cumpla el gran ciclo canicular y la tierra de Egipto suba convertida en nube de humo á las alturas, necesito haber formado el cuerpo de este nuevo génio protector de los hombres. Miraré en mi espejo mágico, más ancho y más profundo que el mar, y veré pasar todas las formas de las cosas, todas las organizaciones de la naturaleza, y en la más perfecta engarzaré el alma de esta divinidad. Voy á escribir en geroglíficos sobre la columna central

del templo la palabra sagrada y creadora que ha de abrir la larva donde se esconde la esencia divina que voy buscando con tanta y tan intensa ansiedad. Yo guio las almas, yo con mis brazos separo las ondas del tiempo y miro frente á frente la desnuda eternidad, yo escribo en tablas de hierro las sentencias de la eterna justicia, yo me levanto sobre todos los seres que componen la naturaleza, como la cúspide sobre la pirámide. ¿Y no podré formar un nuevo dios? Venid, vientos, relámpagos, truenos, mundos, rayos, huracanes, olas, terremotos, cometas, hervidero de los volcanes, silencio sublime del desierto, á auxiliarme en este último esfuerzo de mi vida. (*Vá arrojando todos los atributos de los dioses que encuentra esparcidos por el suelo, en los cuatro braseros donde estaban las cuatro luces; pero todos se disipan en una nube de humo.*)

ORIEL (*de rodillas delante del santuario*).

¡Oh! Busco la verdad que es la vida, la verdad que es mi redencion. Encorvado bajo el peso de mi cadena y de mis dolores, nunca me he atrevido á levantar los ojos más allá del estrecho horizonte que me rodeaba. Las espesas tinieblas de mi calabozo eran toda mi vida, y mi alma habia

descendido á ser como siniestro murciélago que se goza en habitar las sombras. El único dios que para mí habia era el rayo de luz que atravesaba aquella oscuridad, el soplo del áura que renovaba aquella mefítica atmósfera. Allí mi vida estaba pegada á la tierra, y era una telaraña de mi húmeda cárcel, hasta que un dia sentí en mí el deseo de otro mundo, el anhelo devorador de la verdad. Conoci que ni el sacrificio ni la obediencia ni la rebelion podian conseguir nada, si la verdad no descendia á iluminar mi espíritu, á encender y vivificar mi corazon. Y comprendí tambien que la verdad no se oculta en la naturaleza, en el torbellino de los seres creados que pasan como nube de polvo, sino en el templo, en el templo cerrado á mi oracion por mis eternos tiranos. En este incierto estado vuelvo los ojos á mí, y quiero alcanzar algo grande, algo sublime dentro de mí mismo. Quiero saber qué es, sí, esto que vela cuando yo duermo, que espera cuando yo desfallezco, que adivina cuando yo ciego, que habla cuando yo callo, y que me dice que soy libre cuando yo arrastro la cadena por el suelo. (*Se oye una música celeste.*)

LOS ÁNGELES.

El esclavo vá á ser redimido, porque se siente inclinado á buscar á Dios en el seno de su mismo espíritu, en el inmenso templo de su pensamiento. Señor, pronuncia una palabra, y se levantará, y cobrará sus alas, y ceñirá su corona de luz, de aquella inmaculada luz que brilló sobre los espacios vacíos en el primer día de la creación. Señor, vierte una lágrima, y endulzarás el océano de hiel de su vida. Señor, pronuncia una palabra, y volverás á crear de nuevo el espíritu humano como en aquel momento feliz en que salió de tus labios cual vívido soplo y fué á mover y animar la estátua de barro que se levantaba fría é inerte bajo los floridos árboles del Eden. Señor, mira, mira cómo se esfuerza en romper la cadena que le tiene atado á la naturaleza. En este largo camino sembrado de espinas ha estado siempre bajo el yugo de la materia; ya es hora de que se levante á la vida del espíritu. Alárgale la mano como se la alargaste al primer hombre para sacarle del sueño del no sér. Redimir al esclavo es volver á crearlo, es derramar en su cuerpo, herido, amoratado, desgarrado, cubierto de sangre, un nuevo espíritu. Esta es la hora de la miseri-

cordia. Los halocáustos de los idolos se acaban. El dios-naturaleza espira sobre el fuego de su mismo altar, y la columna de humo que forma su cuerpo abrasado por las llamas se disipa, se desvanece en los aires. Señor, oye la oracion de tus ángeles, que arrodillados sobre las sonrosadas nubes de tu gloria interceden por la salvacion de tu esclavo.

JEHOVÁ.

Aún no ha sonado la hora de la redencion. La eterna palabra que vive en mí como la forma en las cosas, aún no se ha oído resonar en los espacios. Todavía no es hora de que la dulce lágrima que vertí cuando me abandonó el hombre, caiga sobre el hombre para darle nueva vida, como mi rocío dá nuevo verdor y nueva sávia á las secas plantas. Vosotros no veis más que el instante que corré, y yo veo toda la cadena del tiempo que pende de mis manos. Vosotros no oís más que el lamento que se levanta del pecho del esclavo, y yo oigo la voz de la justicia que se exhala de mi eterna palabra. Cuando los tiempos hayan corrido, y el reloj de la eternidad, que tiene por arenas mundos, haya señalado el instante de la redencion, sobre un monte sagrado, en el único es-

pacio de esta tierra ingrata donde tengo un templo, el que creó la vida, el que colgó las estrellas del espacio, el que tiene á sus piés encadenada la muerte, se inmolará en sacrificio por el hombre, y su sangre será la sangre del espíritu rejuvenecido y libre. Miradlo, miradlo. Busca aún la verdad en el seno de la naturaleza. Se pierde como la esponja en el mar de las cosas creadas. No sabe levantarse aún donde está la luz, donde está la verdad. No espera, y la esperanza le ha de redimir. Aún está pegado á la naturaleza, aún no siente amanecer dentro de sí mismo la aurora del espíritu.

ORIEL.

¿Qué siento en mí? ¿Qué voz me llama? Creo que mi cuerpo ha sacudido todo el polvo de la tierra y se ha lavado de toda la sangre de sus heridas, y puro y trasparente penetra en otro mundo mejor, donde es la vida como dulce armonía. Creo ver que nacen alas de luz en mis espaldas, que se prenden estrellas á mi frente, que el cielo me dá un giron de su celeste manto para envolverse, y que desconocido génio deja en mis manos áurea lira y en mis lábios el beso de su inspiracion, para que prorumpa en celestiales him-

nos. ¡Ah! ¿Es mi metamorfosis? (*Se oye un cántico voluptuoso y campestre, y de la nube de humo formada por la hoguera de todos los dioses orientales desciende Baco.*)

BACO.

¡Qué hermoso es vivir, absorber en nuestras moléculas todas las sustancias, respirar todos los aromas, bañarse en la esencia misteriosa de todas las cosas, participar del vivo fuego que corre por las venas del Universo! La vida no es como arroyo que pasa, no es como niebla que la alborada deshace, no; es el licor sagrado que derrama su calor en todo el cuerpo y despierta en los ojos centelleantes fantásticas visiones de dicha y de placeres. Yo, ceñida la frente de yedra, hendido el pié como la pezuña de juguetona cabra, armado del tirso que recuerda el sarmiento de que pende la uva, corro desnudo, para mejor recibir en mi cuerpo las emanaciones de la naturaleza, por los montes coronados de lentiscos, por los valles cubiertos de mirtos y de azucenas, sonando el caramillo que en el otero, junto á plácida fuente donde bebía el ganado y al pié de frondoso sauce, me regaló Pan cuando ya espiraba la tarde y enmudecía el coro de las cigarras; y á los ecos

de la campestre música que resuena en las montañas, las Ninfas dormidas en los bosques, las Náyades encerradas en las ondulaciones del agua, se despiertan, toman su deslumbradora forma, danzan delante de mí como ilusiones de un sueño, agitan con su cabellera los aires perfumados, atraen con su sonrosada blancura y sus azules venas mis desos; y corro tras ellas hasta que las alcanzo, y las estrecho en mis brazos; y al resplandor de las estrellas, en el silencio de la noche, bajo las bóvedas de misteriosa gruta de arroyanes, me entrego al vino y al amor. Yo soy el aliento que hace florecer los árboles, el impulso que hace correr las aguas, el sonido que hace cantar á los bosques y á las montañas, el átomo de mil colores, que pinta las ligeras alas de la mariposa, el rielar de la luna en el lago, el calor que madura las uvas, la lluvia que fecunda los campos, el placer que se cierne sobre el nido del ave y la madriguera del fiero bruto y el asilo del insecto; el toro equinocial que se levanta del fondo del Océano y siembra de astros el cielo y abre en el éther surcos de luz, acompañado de las Yádas y de las Pléyades, enamoradas estrellas, que me besan, y despues de guiarme por las esferas, me tienden en lecho formado de mundos, más

blando aún que el lecho de hojas secas do descanso de mis correrías por los campos, y llaman á las Horas para que vengan á enjugar mi sudor con sus alas y arrullar mi sueño con sus cánticos. El mortal que me siga, vivirá con la naturaleza, reposará á la sombra de la enramada, oyendo la música del caramillo y de la flauta, beberá el ardiente vino en mi propia copa, entonará á la puerta de mi cabaña de yedra canciones que repita el ruiñeñor bajo las hojas perfumadas por la primavera, danzará sobre la yerba esmaltada de azafran y de jacintos con las Náyades y las Ninfas, que irán ceñidas de guirnaldas á despertar en su sér la ardiente llama de todas las pasiones; porque yo soy el vértigo, el delirio del placer, la fiebre y la embriaguez de la vida, y en un beso reuno todos los amores.

ORIEL (*á Baco*).

Tú, tú debes ser la verdad. Tú derramas en mi sér una alegría infinita, y abres mi corazón al amor y á la esperanza. Quiero seguirte, quiero ver esa tierra donde cada hoja de los árboles entona un himno y cada gota de los arroyos es una lágrima de amor. Aquí me huela el frío de la muerte, y á tu lado el calor de una nueva vida

me anima. Yo estrecharé contra mi pecho á la naturaleza, beberé el licor que enciende la sangre en las venas, me alimentaré de la miel que depositan las abejas en el tronco de las encinas, bañaré mi cuerpo en el rocío que el alba destila sobre las flores, aprenderé á cantar del gilguero y del ruiñeñor en el bosque; correré tras las mil trasformaciones del amor que evoques tú con el sonido de tu caramillo, y reposaré de mis fatigas á la sombra de los mirtos y de los laureles, bien hallado con mi libre vida.

LOS ANGELES.

No, no le sigas. La libertad no está en la naturaleza; la libertad está en el espíritu. ¡Desgraciado! Su alma dormida en el profundo calabozo de su cuerpo no puede oír nuestro cántico, que en vano pugna por atravesar sus oídos de barro. Óyenos, hermano, por aquellos días en que íbamos juntos á dorar las estrellas con la luz del cielo y á enseñar el primer cántico á las aves que aleteaban en los bosques del Eden. Óyenos. Con cadenas de flores te atarán, con zumo de beleño te adormirán, con áureos tirsos te golpearán, en lira de oro te dejarán cantar tus dolores, como el ruiñeñor prisionero canta en los hierros que lo

sujetan; pero serás aún esclavo, por querer sumergirte, falto de la conciencia de ti, en el seno de la naturaleza, que te arranca la libertad y la vision de Dios, tu nueva vida. No le sigas, Oriel, no le sigas, que es la última trasformacion que toman para engañarte tus eternos enemigos. Toma las alas del pensamiento, y sube de astro en astro hasta las cumbres del cielo, donde recobrarás la corona de tu libertad, la esencia de tu vida.

BACO (á Oriel).

Te detienes. Crees oír una voz confusa que te llama. Sigüeme, sigüeme. Es el eco de tu deseo, es el cántico de tus ilusiones, ó tal vez el primer vagido de la nueva vida que vas á beber en mi copa. Tú eres el primer mortal que encuentro dispuesto á seguirme despues que vuelvo de mi expedicion á la India. Creían que me perderia en sus bosques y me despeñaria en sus desfiladeros y me abrasaria en sus gigantescas tempestades; y he ido, y he encontrado en mi camino divinidades muertas, caídas de los altares como las hojas de los árboles en otoño; y á todas las he llamado, las he puesto en mi corazon, y mezclando su sangre helada con mi sangre ardiente, su último aliento con mi vívido soplo de amor, sus frios átomos

con mi palpitante naturaleza, sus creencias con mis creencias, sus sacrificios con mis sacrificios, su espíritu con mi espíritu, me las he asimilado á todas, las he absorbido por mis poros, y héme aquí alegre, rejuvenecido, más hermoso que nunca, concentrando todos los rayos dispersos de la vida en mi sér, que se ha bañado en las fuentes sagradas donde nació como una flor marina el Universo, y reuniendo en mi cuerpo todas las formas de la naturaleza, verdadero dios de los dioses. Ven conmigo á mi fiesta de Launa, donde verás surgir la luz de mis antorchas del fondo de las cavernas para iluminar mi lago, poblado de Náyades como el florido arbusto de primaverales mariposas. Ven, y te sentarás en el pedregoso camino que conduce á mi templo, y verás tu alma en mi espejo, y te cubrirás los ojos con la venda sagrada, hasta que te llame mi sacerdotisa, á iniciarte en mis hermosos misterios. Ven, y en las fiestas Apaturias, despues de habernos bañado en las fuentes sagradas, y de haber ceñido á nuestras sienas guirnaldas de pámpanos y de yedra, y de haber libado el beso del amor, recorrerémos delirantes, con la antorcha en la mano, los campos. Las flores nos enviarán sus aromas, y los pajarillos su canto, y los bosques sus coronas de mirto

y de encina, y los torrentes sus vestiduras de neblinas, y el mar los besos de sus brisas, y nos rejuveneceremos en la vivida comunicacion con toda la naturaleza. Oye el cántico que nos saluda y nos acompaña. (*Mientras habla se oye el ruido de la lira de*

GRECIA.

El ruido armonioso de mi lira llena de alegría los espacios. Bajo las ramas del mirto canto la union del hombre con la naturaleza. Dadme un cincel; que voy á tallar sobre mis montañas, gracias como templos, una nueva organizacion humana radiante de hermosura. Buscaré las flores, oprimiré sus pétalos entre mis dedos, y con el zumo que despidan tendré colores para trazar en las inanimadas tablas los arreboles del espíritu. Dirigiré palabras misteriosas á las hojas de los árboles, á las gotas de rocío, á las ondulaciones del agua, á la espuma del mar, y de cada sér, de cada molécula del Universo trasformado por mi palabra saldrá un dios tan hermoso como la mariposa que en primavera sacude su larva y abre sus matizadas alas ligeras como el céfiro á la esplendente luz del dia. Yo vivo para pintar, para cantar, para esculpir, porque soy ar-

tista. El mundo inanimado y yerto ha recibido de mi soplo un espíritu divino. Venid, venid, y á la luz de la luna, bajo el sáuce donde duerme la paloma y canta el ruiseñor, á orillas de la fuente que murmura una plegaria en el rumor de sus aguas, en presencia del mar silencioso y poseído de divino éxtasis, rodeados de montañas cuyas líneas armoniosas semejantes á las de una columna cincelada se pierden como los contornos de vaporosa nube en los indecisos colores del horizonte, os mostraré cómo aquellas divinidades que gemían en los bosques, y palpitaban en las aguas, y corrían cabalgando en las doradas alas del relámpago, y tegían en el fondo de las cavernas los hilos misteriosos de la trama de la vida, han tomado nueva forma en mi blando seno, y aparecen hoy sustancialmente iguales al hombre, cuya naturaleza es el resplandor de la verdadera hermosura. Seguidme, pues, por los montes, y los poblaremos de dioses. Oidme cantar en los bosques, y al eco de mi voz vereis salir entre las yerbas rizadas por las áuras Ninfas que dejen el aire perfumado y el suelo que huellen cubierto de flores. Oid el cantar del arroyo, y de sus cristales vereis surgir, blanca como una ilusión, sonrosada como la megilla que el amor colora ó como el límite del

ocaso que el sol poniente enciende, la Náyade coronada de perlas, radiante de alegría, cuyas lágrimas suspendidas de las hojas de los árboles son esas gotas de rocío que el alba dora encerrando en cada una de ellas todos los matices del pintado arco de la diosa Íris. Venid á la orilla del mar, y entre las nacaradas espumas, al dulce movimiento de las olas que palpan como un corazón enamorado, vereis mecerse el amor universal que creó todas las cosas. Y nuestra vida, que vuela de flor en flor, de arbusto en arbusto, que se baña en las ondas del mar y en el rocío de las selvas, que sube el áureo éther y baja á los abismos, oyendo el concierto de todos los séres, tomando las vestiduras de todas las formas, será una fiesta continua; porque yo soy el arte, la hermosura y el amor.

ORIEL.

Siento una deliciosa armonía que me llama á una nueva vida. Mi sangre hierve como el vino nuevo en el lagar. Mis ojos toman ethérea luz de los cielos. Mi cuerpo palpita como el arbusto que vá á abrir en primavera sus yemas donde el capullo asoma. Mi fantasía lo olvida todo y se baña en el delicioso rocío de esta nueva existencia.

Creo que voy á ser libre, y sigo la voz que me llama con tan dulces y suaves cantares. (*Salen Baco y Oriel del templo; pero apenas han salido, se arruina*).

LOS ÁNGELES (*sobre las ruinas*).

Aquí volamos como las golondrinas que vienen de otros climas. El templo de los dioses paganos de Oriente se ha arruinado, y sobre sus ruinas sólo corren los fuegos fátuos de los sepulcros. Asistimos á una nueva tempestad del espíritu humano que abrasa con su fuego nuestras alas. El esclavo, sobre el cual hemos tendido nuestro manto invisible á sus ojos, sigue aún el camino que le abre el dios-naturaleza rejuvenecido con un nuevo filtro en la hora de su agonía, en el instante de su muerte. No sabe el infeliz esclavo que en los desiertos de Asia está encerrado el templo del Dios de la verdad y del espíritu, á cuyo pié arde el fuego de su libertad y se guarda la única esperanza de redencion. Confundido en la naturaleza, aniquilado en su seno, jamás despierta, jamás siente en sí hervir la vida del espíritu. Ahora le tenderán en el suelo del arte cadenas de rosas, pero que al fin serán cadenas. Su cántico de

amor se parecerá al gorgojo del ruiseñor prisionero que vé á lo léjos las selvas donde tenia su nido y el cielo donde agitaba sus alas. Sigue, esclavo, sigue tu camino. Te llamarán á pelear por la pátria, y la pátria será para tí ¡ay! tu calabozo. Harán los hombres una inmensa pira con las armas de todos los pueblos y de todas las gentes, arrojarán en esa pira á todas las razas, cuyas carnes se fundirán cual plomo en crisol para formar un nuevo cuerpo á la humanidad, y te dejarán como la escoria al pié del nuevo gigante dispuesto á ceñirse la naturaleza como ancho manto imperial suspendido de sus hombros. La libertad del hombre debe bajar envuelta en el suspiro creador de Dios. Es necesario que ese suspiro, por cuya virtud floreció el bituminoso caos, vuelva á crear al espíritu. Abramos nuestras alas, volemos á lo infinito, y despues de vagar por el éther para más purificarlo, y de volver á dorar los astros con la luz increada para que alumbren un nuevo dia del espíritu humano, de rodillas sobre el abismo del Universo, plegadas las manos y cubiertos los ojos con esas lágrimas que fecundarian la nada, pidámosle, cuando los mundos y los soles suban á beber la vida en su aliento, que abra sus lábios, que pronuncie la eterna creadora pa-

labra, y entonces asistiremos á la redencion del esclavo.

ROMA (*levantándose como un coloso en las nubes*).

No sé, no puedo saber qué voz me llama desde el oscuro y profundo abismo donde duerme el profundo sueño del no sér. Mi gran corazon es el corazon de toda la tierra, mi gran pensamiento es el pensamiento de toda la humanidad. Yo quiero reunir bajo mi espada centelleante á todos los pueblos, como el pastor bajo su cayado reúne sus ovejas descarriadas. Dadme la voz de la tempestad, dadme las fuerzas de la naturaleza, y poned por cetro en mis manos el rayo. Las religiones paganas serán amontonadas por mí como el viento amontona las hojas secas desprendidas de todos los árboles. Los dioses vendrán á mis piés á formar la gran hecatombe al genio misterioso de la unidad del mundo. La naturaleza entera será mi trono. Yo pondré á mi imperio por manto el mar, por túnica la tierra y por diadema los astros. Yo haré del Universo un nido que guarde bajo sus alas mi águila. Yo enseñaré á todos los espíritus á mirar frente á frente el sol de la verdad. Jamás se cansará mi brazo de sostener el eje de la tierra ni de forjar el escudo que ha de

guarecer el pecho de la humanidad. Yo en mi carro de guerra borraré todas las fronteras, uniré todos los pueblos, fundiré todas las razas, crearé el alma de una nueva civilizacion, la idea poderosa de una nueva humanidad. Dios, cualquiera que seas que habites el cielo, yo no te conozco, yo no he oido pronunciar tu nombre en el hondo abismo donde escribo las tablas de mis derechos con la punta de mi espada; mas si alguna vez has de bajar á la tierra, no encontrarás un leon que te limpie el camino tan fuerte como yo; si alguna vez has de tener un templo, no encontrarás un ciclope como yo que pueda poner piedra sobre piedra, montaña sobre montaña para construirte un santuario digno de ser habitado por tu inmensa y majestuosa grandeza. Cuando yo salga de mi caverna, cuando con el primer aliento de mi pecho arroje al aire el polvo de mi camino, cuando ruja al pié de mis colinas, en la soledad de mis selvas, todos los pueblos temblarán, pero todos se precipitarán en pos de mí por mi ancho camino. Yo de todas las leyes haré una ley, de todas las artes un cántico, de todas las diademas de los reyes una corona, de todas las ideas un pensamiento, de todos los pueblos una humanidad, y mereceré por esta obra que tus lábios, Se-

ñor, tus lábios se posen sobre mi frente y den la eternidad á mi vida, la eternidad á mis obras. En este gran hervidero de pueblos, de razas, de gentes que componen la humanidad, yo busco un pensamiento, busco un derecho, busco una sola lengua, busco un solo arte, busco un solo hogar; ¿y no encontraré tambien allá en el cielo, en premio de mi trabajo y de mis esfuerzos, un sólo Dios? Levantaré un templo inmenso con montañas arrancadas de su asiento por mis manos, reuniré todos los dioses, reconstruiré todas las aras, mezclare todos los cultos, y pondré en el frente la misteriosa palabra «al Dios desconocido.» Y cuando tú, cualquiera que seas el que habites los cielos, vengas á borrar esas palabras y á revelar tu esencia, no has de encontrar en la tierra un templo más digno de tu nombre.

LOS ÁNGELES.

Señor, Señor, oímos la voz de un pueblo nuevo que se dibuja en las nieblas de lo porvenir, aún no agitadas por las grandes alas del tiempo. Si para la idea de libertad se necesita crear un nuevo hombre, dínoslo, y prepararemos con nuestras manos los materiales para esta nueva obra

de tu grandeza. La humanidad en su largo y trabajoso camino va aspirando por todos sus poros la esencia de la vida de la naturaleza. Sus ojos buscan ávidamente en los espacios la idea que todos los séres forman con su vida. Su sér vá transformando la materia y espiritualizándola hasta convertirla en la esencia misteriosa de un aroma purísimo que sube á tí como el humo del holocausto, como la olorosa nube de incienso. La tierra con el trabajo del hombre se limpia de sus manchas, se purifica, y vuelve á ser tuya como en aquel primer instante en que salía virginal y encendida en purísimo amor, de tus manos creadoras. La naturaleza crece en amor, ¿y el espíritu se perderá en las sombras? Nò, no. Únelos en un beso de eterno amor. Levanta sobre las flores, sobre los torrentes la palabra que explica y comenta la creacion, levanta el espíritu. Y para levantarse el espíritu sobre la naturaleza, necesita ser libre, ser dueña de sí, como el ave necesita de sus alas para remontarse al cielo desde su nido de barro. Si una lágrima nuestra, una de esas lágrimas que caidas sobre un mando le darian profundo y ancho mar; si un suspiro nuestro, uno de esos suspiros que conmovieran al Universo como el huracan la trémula hoja del árbol; si